

**SONETOS PARA EL FIN  
DEL MUNDO CONOCIDO**

**Javier Gilabert y Diego Medina Poveda**

**SONETOS PARA EL FIN  
DEL MUNDO CONOCIDO**

**Ilustrado por María Gómez**

**ESDR  JULA**  
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, enero 2021

© Javier Gilabert y Diego Medina Poveda, 2021

© Remedios Sánchez, por el prólogo, 2021

© Esdrújula Ediciones, 2021

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Marqués de Mondéjar 16, 18005 Granada

[www.esdrujulaediciones.es](http://www.esdrujulaediciones.es)

[info@esdrujulaediciones.es](mailto:info@esdrujulaediciones.es)

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Ilustraciones: María Gómez

Fotografías de solapa: Javier Martín Ruiz y Alexis Janicot

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1687-2021

ISBN:978-84-122931-2-8

Impreso en España · Printed in Spain

## Razones para escribir en tiempos de penumbra (a modo de prólogo con la mano tendida).

Por Remedios Sánchez

15 de marzo, lunes de frío, sorpresa, miedo y temor ante lo desconocido. La sensación de desamparo nos llegó después, pero no tardó mucho. Toda España se queda encerrada en casa *sine die*, frágiles como los brazos de un niño que quiere aferrarse a la vida, impotentes viendo que las distopías de las series de televisión más aterradoras se habían convertido en el pan nuestro de cada día, en nuestra realidad cotidiana, gris e inexplicable. Nosotros no lo entendimos entonces, pero habíamos entrado en un momento nuevo, en una era inexplorada a la que las generaciones actuales deben dar respuesta desde la coherencia, la serenidad y el compromiso. Los mayores, los mayores que han quedado, ahora mismo sólo sobreviven con pupilas de agua y las manos caídas. Hay mucho dolor en cada palabra, en el sufrimiento de tantas familias que lo han perdido todo (y cuando me refiero a todo, lo hago con la máxima extensión que puede tener la palabra sufrimiento), que aunque el sol ejerza de tímido vigilante de las mañanas, continúan habitando días nublados y con una lluvia de llanto perenne en el alma. Hemos aprendido a llorar para adentro.

Y como la poesía surge del dolor, como ya dijo Neruda no recuerdo bien dónde, dos poetas, el granadino Javier Gilabert y el malagueño Diego Medina Poveda, han escrito al alimón estos *Sonetos para el fin del mundo conocido*, que responden a sus sensaciones del tiempo de confinamiento, a lo que sintieron viviendo esta situación desoladora, a este océano de lágrimas de millones de personas que es un río que no cesa. Hay poemas escritos a cuatro manos y otros por separado pero complementándose siempre, con una inusual coherencia que es lo que interesa a la obra y que evidencia que ambos han intentado ponerse en la piel del otro, del vecino, del amigo o del desconocido. Tanto da, porque ante la agonía compartida, todos deberíamos ser iguales.

Los políticos hablan hace meses de la «nueva normalidad» (el primero en usar el término fue Trump, luego lo imitaron en Europa) pero no puede ser aceptado como normal aquello que produce sólo desolación y ahogo. Y rabia y frustración. De eso hablan Gilabert y Medina Poveda (con «no sirve en esta nueva realidad: / el mundo conocido ya no existe. / Procede, pues, eliminar el ruido, / dejar de lado estorbos, la maldad, / cualquier cosa que sobre en lo que fuiste», acaban el «Soneto del nuevo amanecer») utilizando una estructura igualmente extraña en esta época, el soneto, una forma métrica ya muy olvidada por su dificultad pero que es la que, en mi opinión, habilita a alguien para poder llamarse poeta a sí mismo. El soneto implica música, medida, contención, habilidad y emoción en catorce versos y si alguien lo maneja diestramente es un poeta para

mí. Obviamente, desde los tiempos de los autores del *Dolce stil nuovo*, de Tedaldi, Guinizzelli y Cavalcanti que supieron transmitirlo tan fieramente a Dante y Petrarca para describir la inmensidad del amor, han pasado los siglos y han llegado las modificaciones, la natural evolución.

El soneto entra en España con el marqués de Santillana, con sus *Sonetos fechos al itálico modo* («Oy, ¿qué diré de ti, triste emisperio?, / ¡jo patria mía!, ca veo del todo / yr todas cosas ultra recto modo, / donde se espera inmenso lazerio» escribe en el primer cuarteto de su XVIII soneto) pero no caló en nuestra poesía, cargada de octavas reales hasta que Navaggiero, en los bellísimos jardines del granadino Generalife, persuadió a Juan Boscán de utilizar el endecasílabo y las nuevas formas estróficas italianas. Así, el buen amigo que es Boscán se lo transmite a Garcilaso, y será este último quien lo incorpore a nuestra literatura, quien verdaderamente se convierta en el gran sonetista del Renacimiento con sus composiciones, ora amorosas (soneto V, primer cuarteto: «Escrito está en mi alma vuestro gesto, / y cuanto yo escribir de vos deseo; / vos sola lo escribiste, yo lo leo / tan solo, que aun de vos me guardo de esto») o reflexivas (soneto, XXXVII, igualmente primer cuarteto: «Mi lengua va por do el dolor la guía; / ya yo con mi dolor sin guía camino; / entrambos hemos de ir con puro tino; / cada uno va a parar do no querría»); qué delicada altura, que *finezza* la del Petrarca español. Pero en el Barroco no le irán a la zaga Lope, Quevedo, Calderón, Góngora o incluso Cervantes —quien afirmara en *Viaje al Parnaso* que la poesía era la gracia que no quiso darle el cielo—, exponentes

mayores de un periodo literario de esplendor insuperable. Y no quiero olvidarme, en otros siglos de Rubén Darío, del desvaído Manuel Machado (los dos tercetos de su «Ocaso»: «Para mi pobre cuerpo dolorido, / para mi triste alma lacerada, / para mi yerto corazón herido, / para mi amarga vida fatigada... / ¡el mar amado, el mar apetecido, / el mar, el mar, y no pensar nada...!»), de nuestro Federico henchido de pasión, de Elena Martín Vivaldi en delicada melancolía doliente o de Mariluz Escribano, la poeta del perdón y la concordia civil. Ya lo he dicho: para escribir un buen soneto hay que ser poeta verdadero porque, más allá de la técnica o el oficio, se debe saber transmitir un fondo con un contenido, una idea clara con su presentación del tema (primer cuarteto), la cavilación pertinente (segundo cuarteto y primer terceto) y una conclusión (que puede enlazar el último verso del primer terceto con el segundo y último).

Pero no quiero ni debo hacer de este exordio un tratado del soneto. Ni es el momento ni yo soy la persona idónea. Este preliminar viene a cuento de explicar que la fórmula no es fácil y es fruto de una tradición que, aunque no sea española (tampoco lo es la denominada octava real castellana, pura imitación de la *ottava rima* de Boccaccio), sí lleva siglos asentada aunque su uso sea minoritario.

Y ahora vamos al tema. Hay algo diferente en lo que aportan Gilabert y Medina Poveda en esta obra que han construido juntos como espejo del sufrimiento de lo que han supuesto las variantes de infinito dolor de la pandemia en las fechas más oscuras, las del confinamiento. En la tradición

española hasta ahora, los sonetos que he leído son prioritariamente amorosos —o de desamor, que viene a ser la otra cara de la moneda—, otros, dedicados a la naturaleza en su esplendor y algunos místicos o jocosos.

Los *Sonetos para el fin del mundo conocido* no están dedicados al amor cortés, tampoco a la belleza de una naturaleza magnificente, ni de la infinitud de Dios, ni se burlan del poeta contrario en estética o pensamiento. Los autores están a otra cosa: a la meditación ante un momento inédito y cómo se refleja eso en el discurrir de la vida. El malagueño Diego Medina Poveda, autor de *Las formas familiares* (2010), *He visto la vida más humana* (2015), *A pesar del frío* (2017, Premio María Zambrano) o *Todo cuanto es verdad* (brillante accésit del prestigioso Adonáis) y el granadino Javier Gilabert (*PoeAmario*, 2017, *En los estantes*, 2019 y *AMaría*, 2020) se han atrevido con valentía a trasplantar el género al contexto que padecemos: soledad, miedo, atisbos de esperanza en momentos, frustración contenida y el cambio, la transformación personal para quienes han comprendido verdaderamente lo que implica lo que nos ha ocurrido. Para otros, nada: un tiempo que, como no les ha pasado factura, no han sabido entender. Todo ello lo expresan nuestros autores en catorce versos endecasilábicos (o en algún caso, usan el alejandrino) con variaciones de rima: consonante, asonante, versos blancos... Lo que siempre se constata, partiendo de la soledad del poeta confinado («Afuera no hay ni un alma; mientras tanto, / tu sangre de palabras, centinela, / recrea una ciudad llena de vida»), es su compromiso con el



abatimiento mayoritario de la gente, una reivindicación del imprescindible humanismo solidario que traspasa al verso («Me hace falta del viento una caricia / y de la tierra un beso por segundo: / me hace falta un planeta más humano», finaliza el «Soneto de la nueva alabanza de aldea») cuando retrata la sociedad que esperábamos que surgiera después de la reclusión, porque «Si todo sigue igual cuando esto acabe, / si nadie aprende nada y nada cambia, / si prima el egoísmo que ahora manda / no quiero formar parte de esta nave» («Soneto del después distinto»). Lo que sucede es que, lamentablemente, poco ha cambiado y vemos desde el desencanto más profundo que «En este tiempo muerto de clausuras / arengan con el bulo a sus soldados, / fanático esperpento de pirados / que sin ser sacristanes cantan curas», como se afirma en el segundo cuarteto del «Soneto de los miserables». No hemos aprendido; superado el primer temor, nos obstinamos como sociedad en volver a las antiguas costumbres, en ignorar al otro que ha tenido menos fortuna, sin percatarnos de que esto no ha acabado; siguen las muertes, la economía ha sufrido un colapso y millones de personas han perdido su sustento y viven de la ayuda de asociaciones y colectivos imprescindibles como Médicos del Mundo, a la que va destinada la ganancia de esta obra que no es un juego ni una forma de pasar el tiempo. Creo que, para sus autores, la poesía es una forma de estar en el mundo, de amar al prójimo aportándole generosamente algo que es su verdad, dándole su punto de vista por si quisiera repensar lo que ha sucedido y sigue sucediendo, estableciendo un vínculo entre pasado y presente para forjar un futuro

verdadero para los jóvenes (Gilabert es maestro y Medina docente universitario), porque nuestros mayores habitan ya las estrellas, se nos han escapado como agua entre los dedos, sin un abrazo imprescindible, dejándonos una herida que no cicatriza. Eso no puede volver a suceder porque es inhumano, hay que evitar repetir los errores trágicos que padecemos entre marzo y junio. Las nuevas generaciones se merecen un futuro limpio, aunque ahora todo lo veamos turbio. Hay que parar un momento siquiera y recapacitar para no tener que decir con Garcilaso aquello de:

Cuando me paro a contemplar mi estado  
y a ver los pasos por do m'han traído,  
hallo, según por do anduve perdido,  
que a mayor mal pudiera haber llegado;

Se lo debemos a todos los que se nos han ido sin comprender qué sucedía (precisamente una generación que fue la que construyó la España en libertad que hemos disfrutado nosotros, sus hijos y sus nietos, que no lo olvide nadie); por los que se han quedado con las secuelas y la amargura, por los que siguen sollozando en soledad o por los que no tienen pan para darle a sus hijos en esta «nueva normalidad».

Por todos y para todos, mi deseo de que estos *Sonetos para el fin del mundo conocido* de Javier Gilabert y Diego Medina Poveda sirvan de bálsamo, de paz, de concordia y de reflexión; que sean una mano tendida con una rosa blanca purísima a un porvenir que no sabemos adónde nos

va a llevar, pero que necesitamos imperiosamente que nos devuelva la esperanza en la bondad del ser humano y esa fe perdida en nosotros mismos.

Sonetos para el fin  
del mundo conocido

A los profesionales y voluntarios que trabajan  
por mejorar y mantener la salud en todos sus ámbitos,  
en todos los rincones del mundo.

(...)

## En un paréntesis

A Ángela P. Méndez

En una eternidad  
de 27 metros cuadrados  
transita nuestro amor por el espacio.

Se esboza con aliento en las ventanas  
un silencio de muerte, una aséptica  
melodía del tacto y de las pieles.  
Y aunque hace frío  
guardamos la esperanza en la nevera.

El tiempo pasa cada quince días.  
El eco se retuerce en los balcones.  
La noche llega muda —no se la oye—  
sigilosa ensombrece nuestros ojos  
con una herida exangüe,  
con una fúnebre aritmética  
del fracaso.

El cuerpo es una cifra  
(afuera —asómate— no hay ni un alma),  
el alma solo existe  
en una absurda sucesión  
de decimales.

Orbita nuestro amor en un paréntesis (...)  
Alguien ha escrito el signo de esta historia  
con puntos suspensivos.



